

JESÚS M^a SALVADOR

• • • •

NO OLVIDES NO OLVIDARME

narrativa



Capítulo 1

CLAUDIA

*«No te rompas,
que el cierzo salvaje
de tu amor no te destruya.*



*Planta fuerte y estructura tu vida
desde abajo porque aún puedes...».*

ANTONIO PÉREZ MORTE

Claudia solía pasar mucho tiempo sentada, inerte, pensativa, con los ojos fijos en cualquier lugar de aquel inmenso mundo en el que vivía. La pequeña terraza de su casa era su santuario privado, su habitación de los secretos, su guarida donde nadie se atrevía a pasar mientras ella estaba ausente. Ese medio mundo que en invierno cerraba y en verano abría de par en par para poder respirar y que el poco sol que había, diese en su cara y en aquel *Tulipán Angélique* que le habían regalado tiempo atrás sus hijos y que había visto crecer. Era su sitio predilecto y según el mapa Bagua de la doctrina del Feng Shui, su armonía establecida al norte de su casa.

Fiel seguidora de las doctrinas cosmogónicas chinas, compaginaba su arte y sus detalles con su religión católica. Para ella, mientras hubiera amor en las cosas, todas las religiones eran las mismas y habría que tenerlas un mínimo respeto. Así que, todo lo que fuera establecer un orden en el individuo y en su entorno le parecía correcto.

Tiempo atrás, Claudia le pidió a su esposo que mandase poner unas correderas de cristal de forma que pudiesen abrirla en cualquier momento para poder respirar aire puro y librar de gérmenes y malos pensamientos el hogar donde residían. En definitiva, el habitáculo donde residía la mayor parte del tiempo sería su pequeño rincón en las noches de insomnio, su nirvana particular para el final de sus días.

Siempre había sido una mujer hiperactiva dedicada en cuerpo y alma a su trabajo en la administración pública y a su familia.

Sujeta en la obligación de cogerse una jubilación anticipada debido a los brotes continuos que padecía y que le habían dejado incapacitada físicamente largos periodos de tiempo, Claudia sentía que se marchitaba. Su enfermedad neurodegenerativa había empezado a tomar forma y era incapaz de frenarla porque ya había tomado las riendas de su vida.

Durante el pasado año, su cuerpo ya se había debilitado justo lo necesario para dejarla sin fuerzas y las pocas que le quedaban, habían decidido abandonarla. Los continuos adormecimientos de sus miembros superiores y sus espasmos musculares habían alterado su ritmo de vida, sus ánimos e incluso su vista. Ya no caminaba como antes y su energía ya no era la misma. Sentía que se asfixiaba, que la vida se le iba.

Notaba que su vida se la bebía a sorbos lentos, su alma se le desprendía algo que le hacía sentirse triste y desmotivada porque pensaba que ya no servía para nada. Mujer de mediana edad, de gran talante, emprendedora, se agarraba a su fe católica con oraciones espirituales para amortiguar su dolor de los remedios alternativos que le ayudaban a sanar su cuerpo, y a veces, su mente; y utilizaba medicinas orientales y naturales como acupunturas o masajes que la relajasen y poder llevar una vida más tranquila y sosegada, una forma de poder mejorarla. Se agarraba a todo aquello que fuera bueno para el alma, para su equilibrio emocional y sobre todo para su bienestar social y el de su familia. ¿Qué podía perder?...

En otoño solía verse como un trozo de carne sentado en el sillón de su salón de color ocre, aquel que empezaba a desgastarse siempre del mismo lado. Ella, que siempre había sido tan viva y dicharachera, se derrumbaba continuamente a solas al verse en aquella situación que le hacía sentirse despreciable e inservible. Siempre que podía y en momentos de soledad, lloraba angustiada

para que nadie de su familia viese por lo que estaba pasando. Así, cuando todos viniesen, estaría más tranquila y nadie notaría su desesperación.

Sus hijos, Luis y Manuel, que se llevaban muy pocos años de diferencia, cuidaban continuamente de ella. Cuando el primero no trabajaba o trabaja en lo que le salía, ya que dejó los estudios por temas que ahora no vienen al caso, el segundo buscaba una oportunidad de poder ir a sus clases nocturnas y acabar por fin esa ESO que tanto se le atragantaba y poder así optar a empezar su formación profesional en aquello que le gustaba.

Claudia siempre dijo que le hubiese gustado tener más hijos, sobre todo una niña para que le hiciese compañía y le ayudase en las labores de la casa.

—Para eso son más espabiladas que los hombres y así me hubiera hecho compañía. Sería mi pequeña confidente —se decía a sí misma—. Los hombres siempre se marchan de casa y las hijas, aunque se casen, siempre te hacen más compañía.

Pero no podía quejarse, Luis, un jovencito tremendamente guapo, de pelo liso y lacio, ojos claros y mirada triste y melancólica, de apenas un metro setenta, había suplantado esta identidad que tanto añoró con el paso de los años. Claudia lo sabía y él percibía que lo intuía y ambos permanecían en silencio, sobre todo, cuando sentados a la mesa o viendo algún tipo de documental al respecto, salían a la luz varios comentarios degradantes sobre ciertas personas que, por su forma de amar, eran diferentes. Sentía su dolor, su mirada de reojo al informativo que retrasmecía esos comentarios aberrantes, y él mientras hacía que se dedicaba a mandar mensajes por su móvil. Los oía porque no quería escucharlos, y Claudia sentía cómo su corazón se partía y latía con más fuerza que de costumbre. Entonces ella le miraba con tristeza y cuando él sentía que le observaba, cruzaba su mirada con una sonrisa mientras que

sus ojos se humedecían. Entonces su madre le pedía cualquier tontería para que se pudiera escabullir y así podría distraerse y olvidar lo que allí sucedía.

Manuel, el menor, era el clásico chico de diecinueve años, menos favorecido y más tirando a la familia de su padre. Más alto y un tanto desaliñado, que le daba lo mismo el mundo en el que vivía mientras no le afectase demasiado, ya que las injusticias sociales le sacaban de quicio y despotricaba como un venado en celo. Criticaba la pobreza, la intolerancia y el malestar continuo sobre el poder de los ricos contra los que menos tenían. Sobre los engañados y los humillados, sobre el que no tenía nada y aun así le seguían sangrando. Esa clase, como él decía, esos que se hacen llamar obreros y hunden a los mismos para su beneficio y terminan ahogándose.

—Odioso, tremendamente inadmisibile. De la derecha me lo espero, pero de esta izquierda dominante... intolerante —farfullaba mientras terminaba su plato rico en proteínas y minerales.

Claro en sus convicciones, el sentimiento profundo que sentía a veces se quedaba en palabrerías y en ese caótico malestar que le quemaba por dentro y que intentaba que pasase desapercibido siempre y cuando su vida no corriera peligro. Cuando llegaba a casa solía meterse con su hermano, sobre todo si este estaba haciendo labores de la casa: era su deporte favorito. Pero, en el fondo, daría lo que fuese porque a su hermano nunca corriera peligro. Después, le daba un largo beso a su madre en la mejilla y le mordisqueaba la cara para enrabietarla un poquito, sabía que eso le hacía reír y sentirse aún más querida. Luego, soltaba los libros en cualquier lado de la casa y saludaba a su padre con un movimiento de cabeza, ponía la cadena de música o cambiaba los canales de la radio porque decía que eso le inhibía un poco de su realidad cotidiana. Luis siempre le amonestaba por ello e iba detrás de él para

que recogiera sus cosas y bajase un poco el sonido de aquella atormentada música que Manuel ponía y como de costumbre, hacía oídos sordos a lo que su hermano le reprendía y se encerraba en el baño largo tiempo para cualquier cosa que le viniera en gana.

Esas idas y venidas, ese ajeteo continuo que sentía cuando todos estaban en casa era la luz de su vida y se sentía agradecida. Se olvidaba por un momento de sus problemas y de esa esclerosis que la consumía.

En su santuario, como ella lo llamaba, le encantaba quedarse a solas hasta altas horas de la noche, mirando hacia los edificios de ladrillo visto y baldosas blancas que tenía enfrente de ella e imaginando cómo serían los habitantes de aquel enjambre de viviendas que no hacía mucho que existía en la ciudad, ya que, anteriormente, sobre aquel solar ahora edificado, se asentó una de las grandes empresas italianas que tanto dio de comer a la ciudad en los 90.

Desde la séptima planta de su edificio, podía divisar aun las montañas de la sierra norte de Madrid que ahora estaban parcialmente tapadas por los edificios que hicieron de nueva construcción. Claudia se trasladó a aquella localidad cuando sus primeros brotes volvieron a hacerse visibles. Durante ese periodo de tiempo, Elías y ella decidieron recorrer zonas a las afueras para poder decidir que sitio le vendría bien y que ella estuviera tranquila, con menos estrés. Meses más tarde, encontraron un piso de cuatro habitaciones, dos cuartos de baño, un salón comedor y una terraza inmensa que daba a la entrada del edificio. Lo que más le encantó de aquella zona era las montañas de la Comunidad de Madrid que se divisaban al horizonte, el ver volar los aviones del aeropuerto de Barajas, los propios de la ciudad y el trinar de los gorriones como música de fondo. Sabría que aquello le daría la vida y decidieron dar una entrada para reservarlo.

Con el tiempo, la zona se pobló de edificios, pero no le quitaban visión alguna para poder recrearse con los viandantes y sus vecinos de enfrente. Por las ventanas y balcones podía divisar sus vidas y sus siluetas en la oscuridad de la noche; tan solo iluminadas por las tenues farolas de la calle.

A algunos de ellos los había conocido con el tiempo. Los nuevos, en cambio, llevaban poco viviendo en el vecindario y apenas se dejaban ver por las aceras del barrio. Claudia empezó a pensar cómo realmente serían e imaginaba sus aventuras entre medias de ese teatro de sombras chinescas que se dibujaban en sus ventanas. Y cuando sus manos no le jugaban una mala pasada, escribía o dibujaba sobre un papel cómo serían sus vidas, sus fines de semana, sus historias cotidianas; y boli en mano o con un lápiz desgastado, escribía frases sobre ellos e imaginaba un mundo dentro de sus pequeñas moradas.

Sabía que en el tercero de aquel edificio había una mujer adulta a la cual siempre le acompañaba un pequeño *cocker spaniel* de pocos años, de color como la tierra cuando llueve. Por las mañanas la veía casi siempre desayunando en uno de los balcones que el piso poseía. Rara vez podías verla los fines de semana porque casi siempre tenía las persianas bajadas, que solo las subía cuando era de noche.

Con los vecinos del primero estaba intrigada, la oscuridad era constante y apenas sí veía luz en la casa. Solo los movimientos de una persona eran los que deambulaban, sin apenas luces o destellos que lo delataran.

Los del segundo eran la clásica pareja atípica de recién casados, silenciosos, recatados y dueños de su propia intimidad. De origen árabe, ambos eran socialmente educados y respetuosos a la hora de encontrarse con los demás vecinos del barrio. Claudia los conocía personalmente y los quería como si fueran de su propia familia. A veces, con las cortinas echadas, ella solía quitarse el *hijab* para dejar libre y hermosa la gran melena que poseía. A Claudia le

encantaba observar cómo se desprendía de las vestimentas que llevaba y, como si fuera una tradición de sus orígenes, doblaba cada prenda y las guardaba con sumo cuidado en el armario que se divisaba. Amante de las costumbres de oriente, se imaginaba a ella misma, en un pasado, como a una mujer joven y esbelta que, en la época del Ramadán solía rezar a solas mientras que su marido hacía lo propio en una habitación aparte.

A quien más admiraba era a los que vivían en el bajo. Ella debía ser mujer de talante por el desparpajo que exteriorizaba. Tenía dos hijos pequeños, revoltosos como el demonio, de esos que exhalan su nervio en cualquier momento y se les rebosa por cualquier poro de su cuerpo, en cualquier lugar donde se encontraran. A ella sí se le notaba ser una mujer de carácter. En cualquier momento, cualquier grito que pegaba, era oído en todo el barrio, aunque tuviera las ventanas cerradas. En cuestión de segundos, aquellos dos torbellinos desaparecían de la faz de la tierra y empezaba la paz, sobre todo para la familia.

De los demás vecinos tenía poca constancia: del señor mayor que se sentaba en la terraza junto a un chico joven y que últimamente ya no veía; del chaval del sexto que siempre estaba encerrado día y noche, con la luz de una pequeña lámpara iluminando un pequeño espacio de su habitación y que apenas salía a la terracita. Cuando lo hacía, la miraba y la sonreía (o eso era lo que ella pensaba que hacía). Muchas veces, durante un gran periodo de tiempo, le veía despeinado y descamisado, siempre perseguido por las calles por alguna manada de chicos que iban corriendo tras de él, tirándole todo tipo de objetos. Le resultaba familiar y no sabía de qué.

—Cosas de la edad sin importancia —se decía—. Mis hijos ya pasaron por esa etapa en la cual siempre iban buscando pelea o alguien se metía con ellos. No dejan de ser jóvenes y las hormonas son las que mandan en esta edad.